

LOS POBRES EN LA IGLESIA

Dios habló al mundo de muchas formas, desde la lejanía, por medio de los profetas, como dice San Pablo en su carta a los hebreos, pero quiso acercarse más a nosotros y hablar nuestro lenguaje, y envió a su Hijo hecho palabra.

Estos días hermosos de Navidad se oye con mayor distinción esta Palabra, florecida en el Niño Pobre que nace en un pesebre y que es el Camino, la Verdad y la Vida.

"Vosotros sabéis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para enriquecernos con su pobreza." (11 Cor., 8, 9)

Fue Cristo el Pobre por excelencia, el príncipe de los anawim, los pobres de Jahvéh, el rey que inaugura la dinastía de los pobres del reino y que, trastrocando los valores del mundo, instaura una nueva jerarquía, cimentada en la pobreza, la humildad y el escándalo de la cruz.

Hoy más que nunca el mundo necesita del mensaje de Cristo, pues entre el estrepitoso colorido de las bambalinas y la cegadora luz de las candilejas, aun los cristianos estamos de bruces adorando al becerro del placer y del oro que se alza en todos los tablados de la vida moderna, y danzando embrujados en torno al ídolo y a un paso de la destrucción total.

¿Ocupan los pobres en la Iglesia de hoy su sitio de honor, o ha quedado éste vacío? Este es el tremendo interrogante que se están haciendo muchos auténticos cristianos hace decenios, y que, ribeteado de angustia, ha sido subrayado repetidas veces en el Concilio Vaticano II. "Una Iglesia a la que han abandonado los pobres —dijo en emotiva ocasión Pío XI al cardénigo Cardijn— no puede ser la Iglesia de Cristo."

Aunque nos duela, debemos aceptar humildemente el hecho de que, en extensas zonas de viejo cristianismo, los pobres han desocupado los bancos de la iglesia y que una muralla, hasta hace poco invisible, pero hoy, gracias a Dios, dolorosamente visible, se ha alzado entre la institución-Iglesia y las clases humildes de la sociedad. Y en otras zonas, las explosivas del tercer mundo particularmente, vemos aflo-

rar ya la valla de separación. La desafección de las clases populares de la Iglesia es un fenómeno casi universal.

¿Y por qué se van? No seamos tan ridículos y presuntuosos que les echemos a ellos la culpa; ni toda, ni la mayor parte de ella. No se sienten a gusto. Incisivamente lo ha dicho recientemente un obispo argentino, aplicando la lección especialmente a los obispos:

"Bienaventurados los pobres. Pienso hoy en la pobreza y en la simplicidad exteriores de la Iglesia como condición para hacer pasar su mensaje.

El mensaje de la Iglesia ha estado cargado siempre, y lo estará, de paz, verdad, amor, esperanza y espíritu de servicio.

Y yo pienso: ¡qué difícil es para nosotros, pobres obispos del siglo XX, transmitir este mensaje que, por su origen, está empapado en la pobreza de la Encarnación, del pesebre y de la cruz; predicado por un obrero que vivía sin tener ni donde cobijarse como las raposas, que lavaba los pies de aquellos a quienes llamaba "sus amigos"...; mensaje destinado hoy a hombres de austeridad proletaria, de los que un 65% tienen hambre, y que en gran parte viven en favellas, ranchos, ciudades de cartón...; que se llaman entre sí "camaradas" y están hechos al lenguaje incisivo y directo de sus líderes... Nosotros tenemos que comunicarles este mensaje desde lo alto de nuestros altares de mármoles y

de nuestros palacios episcopales, en el barroco incomprendible de nuestras misas pontificales, con sus extraños ballets de mitras, en las perífrasis más extrañas aún de nuestra lengua eclesiástica, y vamos, por otra parte, a nuestro pueblo revestidos de púrpura, en un carro último modelo, o en un "wagón" de primera clase, y este pueblo debe venir a nuestro encuentro llamándonos "excelencia reverendísima", hincando la rodilla para besar la piedra de nuestro anillo!

Librarse de todas esas toneladas de historia y costumbres no es fácil...

Señor, que podamos, en la humildad, la pobreza y la sencillez del corazón, en la oración y con la protección de tu Madre, obtener de Ti todo el tesoro de luz y el ánimo necesario para que la Iglesia encuentre su camino en nuestro siglo XX y sea capaz de realizar sencillamente el ideal que tu humilde hijo Juan le ha propuesto: "Que sea la Iglesia de los pobres."

LOS "ANAWIM", O LOS POBRES DE JAHVEH EN LA ANTIGUA ALIANZA

Hay en la Iglesia de hoy una santa inquietud, que lleva a sacerdotes y laicos a buscar las raíces del mal y afanarse por curarlo con sincera humildad y ágil prontitud. En este espíritu constructivo y con el único deseo de aclarar ideas se escriben estas líneas que quedan bien enmarcadas en estas expresivas palabras de Maximos IV Saigh, patriarca de los melquitas católicos:

"La Iglesia y los pobres. Hay algo que hacer en todas partes para que "la Iglesia sea de hecho la Iglesia de todos y particularmente de los pobres...". La pobreza es una cuestión de vida o muerte para la Iglesia: sin ella se perderá el mundo obrero. Porque lo más grave es que la población obrera, en ciertas regiones de Europa occidental particularmente, huya de la Iglesia. Y no se trata tan sólo de ricos y de pobres, sino de los obreros, que constituyen la fuerza viva del mundo de hoy.

Yo estoy con todo mi corazón con los que buscan en este sentido. Si se decide algo, yo seré el primero en hacerlo, en sacrificar lo poco que tengo. Se trata de renovar el espíritu, no de la Iglesia movida por el Espíritu Santo, sino de los hombres de la Iglesia, que no son todos santos..."

La Iglesia es el nuevo Israel, heredera del Israel de las promesas, y mal podríamos entender el puesto privilegiado de los pobres en ella si desconociéramos que los pobres del Evangelio tienen sus predecesores en los pobres, "los anawim" de Israel.

En la sinagoga de Nazaret Jesús se aplica a sí mismo el hermoso texto del profeta Isaías:

"Pues Jahvéh me ha ungido y enviado para predicar la buena nueva a los pobres y sanar los corazones quebrantados; y para anunciar la libertad a los cautivos..." (Isaías, 61, 1-2)

Siempre existieron estos pobres de Dios en el pueblo de Israel, aunque Cristo amplió su concepto y añadió a los "anawim", que le esperaban y con El la redención de Israel, las ovejas descarriadas de su pueblo.

Desde los primeros destellos de la revelación Jahvéh se presenta como el Dios de los pobres y de los pequeños. Ya en Egipto el Señor se compadece de la pobreza de su pueblo y escucha los gemidos que le arrancan los explotadores egipcios (Exodo, 3, 7) y escoge a un pobre, un "anaw", "Moisés era un hombre muy humilde, el hombre más humilde que la tierra ha producido" (Números, 12, 3) para liberar a su pueblo.

En el Exodo y el Levítico (Lev., 19, 10; 25, 35; Exodo, 22, 20...) hay toda una legislación en defensa del pobre que se resume siglos más tarde en el Deuteronomio (Deut., 15, 7-11; 24, 10-21).

Los profetas de Jahvéh son siempre defensores de los pobres y de los pequeños y truenan contra las injusticias de los ricos. Amós ha sido llamado el profeta de la justicia social. Como un látigo restallan sus palabras condenando las crímenes de Israel:

"Porque venden al justo a precio de plata, y al pobre por un par de sandalias, y pisotean la cabeza de las gentes humildes y cortan los caminos a los pequeños..." (Amós, 2, 6-7).

Pero no sólo Amós y Oseas, sino también Isaías y Jeremías condenan inexorablemente los pecados de los ricos y poderosos y alzan su voz en favor de los pobres; y el Mesías es presentado por ellos como un pobre más que vendrá a hacer justicia a los pobres (Is., 11, 4).

Poco a poco se va enriqueciendo el concepto de los "pobres" en la Sagrada Biblia. Y al título de pobreza, de su condición social y económica, se va añadiendo, como razón de la predilección de Dios por ellos, la actitud de sumisión a la voluntad de Dios y de fidelidad a Jahvéh, en el que buscan el refugio y apoyo que, generalmente, no les ofrecen las riquezas.

A estos pobres, "anawim", predicará Jesús especialmente su mensaje. Ellos le están esperando. Entre ellos están Simeón y Ana, Juan el Bautista, sus apóstoles; José, el carpintero, la multitud de buenos israelitas, que aguardaban la liberación, y, sobre todo, su madre bendita, la Virgen María, que condenará inspiradamente en el "magnificat" lo mejor del espíritu de los "anawim".

Y junto a este "resto" bendito de los "anawim" de Jahvéh de los piadosos y humildes hijos de Israel, está el rebaño de los pecadores humillados, de los oprimidos, de los indigentes, de los enfermos... que se apretujarán en torno al Mesías de los pobres. Y escandalizando a los sabios y austeros israelitas, preferirá Cristo rodearse de estos deshechos de Israel, "las ovejas perdidas", que de los piadosos "anawim", porque El ha venido a salvar a los pecadores, y los sanos no tienen necesidad de médico. No eran los fariseos ciertamente "anawim", pues no se apoyaban en Jahvéh, sino en sus obras y en la observancia de la Ley. Así Jesús les puede echar en cara que "las prostitutas les precederían en el Reino de Dios". De ellas, de un Zaqueo, de una Magdalena, de un bandolero... sacaría El auténticos hijos de Israel, verdaderos "anawim"...

LOS POBRES EN LA IGLESIA PRIMITIVA

Los pobres que rodean a Jesús y le siguen fascinados son los que los fariseos llamaban los "am ha'ares", es decir, "la genticita del campo". Desconocían la Ley o apenas la comprendían, y por eso se creían excluidos del Reino, ya que sus maestros, los fariseos, les hacían ver que no podían cumplir lo que no conocían. De su conciencia de pecado surgía su anhelo de redención. Aunque no eran los "anawim", según el estrecho concepto de las escuelas rabínicas, sí que entraban en esa categoría para Cristo, que conocía los corazones. El rabí Hillel expresa la mentalidad farisaica: "El no instruido (en la Ley) no tiene temor al pecado, y un am ha'ares no es piadoso."

Cuando Cristo en las Bienaventuranzas exalta a los pobres, no predica el pauperismo ni piensa con mentalidad de encíclica social, sino que se refiere a aquellos que, conscientes de su indigencia espiritual, acuden al Señor y no buscan parapetarse en sus riquezas o en los goces de la vida. Estos se encuentran, de ordinario, entre los pobres que escuchan su palabra, campesinos, pescadores, pequeños comerciantes... Los ricos no son excluidos, pero se les dificulta el acceso, pues tras las riquezas es difícil sentir la propia indigencia espiritual y tener el corazón desprendido. Se les admite en el Reino si se asemejan a los pobres.

Cuando el Señor, en momento solemne, exclama: "Yo te doy gracias, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los poderosos y se las has descubierto a los pequeños", hay un estremecimiento de honda gratitud y gozo, cuyo eco llega en sus vibraciones hasta la Iglesia de hoy, a quien le duele la ausencia de los pobres por una parte y por otra la enorgullece el testimonio espléndido que dan de Cristo millones de hijos del pueblo que militan en las filas de apostolado obrero.

Aunque también muchos ricos entraron en la Iglesia, fueron los pobres, los humildes, los artesanos, los soldados, los esclavos... quienes particularmente integraban las primeras comunidades cristianas, que florecían generalmente en los barrios populares de las grandes ciudades del imperio.

San Pablo recordaba, con su punta de fina ironía, a los corintios su condición social y la grandeza de su vocación cristiana:

"Y si no, mirad vuestro llamamiento; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios; y a los débiles del mundo para confundir a los fuertes; y a lo plebeyo del mundo, a lo que es nada, a lo despreciable, para confundir a lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios." (1 Cor., 1, 26-30)

Luciano de Samosata y otros paganistas del decadente paganismo hacían cruel e inútil chacota del "rebaño de viudas, huérfanos, esclavos, mendigos...", que componían las comunidades cristianas.

Dejando a un lado la experiencia comunitaria de la Iglesia madre de Jerusalén (Hechos, 4, 32-37), se instituyen pronto las diaconías en torno a las que se agrupan todas las obras de caridad hacia los pobres. "El diácono —dicen las Constituciones apostólicas— debe informarse con solicitud de todos los que sufren en su carne; deben señalarlos al pueblo si éste los ignora, visitarlos y proporcionarles lo que necesiten..."

Según las mismas Constituciones, los obispos son dispensadores de los bienes del Señor que deben utilizar para el servicio de los pobres. En cada comunidad existía una lista de pobres y, para evitar el mendiguismo y la pereza, se proporcionaban útiles de trabajo a los que podían valerse, y se les obligaba a trabajar. Los niños huérfanos eran confiados a familias cristianas que se encargaban de su educación, y los muchachos pobres eran colocados en talleres de artesanos, donde aprendían un oficio útil.

No nos interesa ahora estudiar cómo se formaba este patrimonio de los pobres, pero sí queremos indicar una forma de caridad que valdría la pena renovar en la Iglesia universal, y que la Iglesia alemana ha implantado para ayudar a los países subdesarrollados: el ayuno. Los santos Padres de la Iglesia transmiten como doctrina apostólica que "el ayuno no tenía ningún valor para la salvación si no estaba acompañado de una limosna equivalente a la porción de alimentos de que se privaba el que ayunaba". Hermas, en "El Pastor", refleja la costumbre de la Iglesia primitiva:

"El día en que ayunas, no uses sino pan y agua. Mira la cantidad de alimentos que hubieras tomado cualquier otro día, y retira la cantidad de plata que hubieras gastado en ello, y dalo a la viuda, al huérfano, a los pobres." (Hermas, 5, 3)

Se ha calculado que en tiempos del Papa San Cornelio, habida cuenta que existían unos 1.500 pobres en la comunidad romana y unos 10.000 cristianos en ella, y que los ayunos pasaban de cien al año (eran 132), se podía haber dado dos buenas raciones diarias a todos los pobres y haber engrosado además la caja común, destinada especialmente a la atención de los enfermos.

POBRES Y RICOS EN LOS SANTOS PADRES DE LA IGLESIA

Espigamos algunas ideas fundamentales que el P. Bigó recoge certeramente en su introducción a la bella selección de textos de los SS. PP. preparada por A. Hamman y titulada "Ricos y pobres en la antigua Iglesia".

Los deberes de los ricos no son tan sólo el desprendimiento del corazón, sino también la repartición de su riqueza. Ya en la antiquísima "Doctrina de los doce apóstoles" se dice lo que después repetirá toda la enseñanza de los Padres:

"No despidrás al indigente, sino que tendrás todo en común con tu hermano, y no dirás que es tuyo. Porque si sois copartícipes en lo inmortal, cuánto más en los bienes que mueren."

Nuestros bienes no son nuestros exclusivamente, sino nuestros y de los pobres. Este es el hilo de oro con que se va bordando toda la tradición patristica. Más allá de la propiedad privada hay una comunidad natural más primitiva, fundamental, basada en un derecho natural, que la propiedad privada no puede destruir. "La tierra, dice San Ambrosio en la homilía sobre Nabot el pobre, ha sido establecida en común para todos, ricos y pobres; ¿por qué, pues, ricos, os arrogáis vosotros solos el derecho de propiedad?"

El mismo obispo de Milán no titubea en decir que cuando el rico da a los pobres no hace otra cosa que restituir. La limosna para los Padres de la Iglesia es un precepto de justicia y un acto por el cual el rico devuelve a los pobres lo que les corresponde de sus propios bienes. Para San Agustín, por ejemplo, lo superfluo es bien del prójimo. La limosna no puede dejarse al capricho del donante, sino tiene que hacerse según una justa evaluación de lo que se debe al pobre.

Los ricos no se salvarán, según Clemente de Alejandría, si no devuelven a Dios en la persona de los hermanos necesitados las riquezas que les vienen de El, y que poseen más para los demás que para sí mismos. Sólo así se puede ser rico y pobre juntamente. Para el rico el tesoro en el cielo es la amistad del pobre adquirida por la participación de las riquezas.

Santo Tomás, siguiendo y completando la línea de los Santos Padres, dirá que la propiedad priva-

da es una gerencia confiada a una persona, y que los bienes propios no dejan también de ser comunes.

Es Clemente de Alejandría, en su bella y conmovedora homilía: "¿Qué rico puede salvarse?", refleja el pensamiento de la Iglesia en el siglo III. Las riquezas no son ni buenas ni malas, y se nos dieron para practicar la munificencia y la caridad con los hermanos necesitados. No hay que destruirlas, sino más bien acabar con los vicios de nuestro corazón que nos llevan a la avaricia en unos, a la envidia en otros. El rico es un usufructuario, y las riquezas le permiten socorrer al pobre y ejercitar el desprendimiento. La homilía es una calurosa exhortación al rico a esperar en la misericordia de Dios practicando la justicia y la caridad.

No podemos detenernos en el estudio de las ideas sociales de los Padres, que se van matizando conforme se elabora más cuidadosamente la teología y se va complicando la problemática económico-social del imperio en decadencia. El lujo se hace irritante en ciertas clases sociales, mientras van desapareciendo los estratos medios de la sociedad. San Basilio el grande, arzobispo de Cesarea, después de haberse despojado de todos sus bienes, que entregó a los pobres, truená con evangélica vehemencia contra el abuso de los impuestos que esquilman a los pobres, y las injusticias de los acaparadores, que mediante la usura asesinan al pueblo. La eminente dignidad de la persona humana, particularmente en el pobre oprimido, y las obligaciones de las riquezas y de la autoridad con Dios y el pueblo son temas fundamentales en la predicación de Basilio, que más que a las riquezas condena "la pasión de poseer". Poseer más de lo necesario es frustrar a los pobres, robar a Dios.

La defensa del pobre, su alta dignidad en la Iglesia, los deberes de los ricos para con ellos, destacan como perlas preciosas en las homilías e instrucciones catequísticas de Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nisa, de Juan Crisóstomo, Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona. Los pobres son para ellos y para la Iglesia, cuyos voceros más representativos son, "sacramentos" de Dios que nos enseñan el valor de la caridad.

San Juan Crisóstomo hace hablar a Cristo con delicadeza exquisita:

"Porque no busco la sangre, sino agua fresca. Piensa a quién das de beber y admírate. Piensa que te haces Sacerdote de Cristo al dar con tu propia mano, no carne, sino pan; no sangre, sino un vaso de agua fresca."

LOS BIENES DE LA IGLESIA PATRIMONIO DE LOS POBRES

Es el siglo VI el puente que une el viejo imperio romano que se va desmoronando y la nueva edad media que nace entre convulsiones. Y la Iglesia constituye el eslabón permanente entre ambas fases de la historia. Esta, a través de las ofrendas de los reyes y señores, de los dones de los fieles, de los legados de los difuntos... va formando su patrimonio, que siempre consideró no como propio y exclusivo, sino como patrimonio de los pobres. Este patrimonio recibe tres denominaciones diferentes, pero que significan lo mismo: bienes de Dios, bienes de los pobres, bienes de la Iglesia. Los concilios del siglo VI definen este patrimonio y legislan para defenderlo de las depredaciones de reyes y poderosos, y aun de los mismos obispos y clérigos.

Con él se constituye una red de hospitales, asilos de ancianos, orfanotrofios, casas para viudas desamparadas, leproserías, etc. La Iglesia organiza esa formidable Internacional de la Caridad que se extiende por toda Europa y que nuestro mundo de la beneficencia no ha superado. La Iglesia es el refugio de los oprimidos (leyes de asilo), reivindica los derechos de la persona humana, de la familia, vivifica las estructuras socio-económicas que van surgiendo y bautiza la nueva sociedad que nace en torno a Cristo y a los derechos inalienables de la persona humana.

Y cuando crecen los abusos, y la simonía y el neopaganismo renacentista asfixian la sociedad cristiana e infectan los órganos vitales de la Iglesia, surgen por doquier los grandes reformadores que con su enérgica acción y su predicación evangélica suscitan una vigorosa reacción y colocan las cosas en su punto. La Iglesia fue siempre la casa del pueblo que, aun analfabeto en gran parte, se solazaba instruyéndose en la Biblia de piedra de las catedrales y fortalecía su fe y piedad en el ejemplo de monjes y frailes.

UNA POBREZA ATEA Y UNOS POBRES SIN BAUTIZAR

¿Recordaremos a guisa de consolación el sermón de Bossuet delante del rey Sol sobre la "eminente dignidad de los pobres", la acción bienhechora de Monsieur Vincent, el esfuerzo caritativo de Ozanam o el aflorar de tantas congregaciones femeninas de religiosas dedicadas a la caridad o la red de patronatos parroquiales, o...?

Pero tenemos que aceptar el hecho escandaloso: el mundo de los pobres está alejado hoy de Cristo y su Esperanza, o se está alejando. El mundo de los pobres es mayoritariamente ateo, aunque aún siga bautizando a sus hijos. A pesar del despertar esperanzador del cristianismo entre nuestros intelectuales y en nuestras grandes ciudades. Y la reevangelización de los pobres debe ser efectuada en la sangre y el dolor, pues ya ellos no ven en la Iglesia sino un aliado de sus eternos enemigos. Y cuando nos oyen hablar de su puesto de preferencia en la Iglesia creen que nos refomos cruelmente de ellos. La casa del pueblo ya no está tristemente en nuestros templos...

Y al otro lado de la orilla existe otro ejército innumerable de pobres espirituales que están en los antipodas de los "anawim" del tiempo de Cristo: los tecnócratas, que, conscientes fríamente de su enorme poder sobre las estructuras del mundo, no creen en Mesías ni de Redentor. Este es un mundo sin bautizar. Difícil de bautizar.

Los unos olvidaron que sólo Cristo les puede salvar. Los otros no tienen tiempo para pensar en salvación. Se creen dioses.

La Iglesia ha quedado muy lejos de estos dos universos, herméticos a su acción, pero gracias a Dios cayó en la cuenta de las distancias y dolorosamente, como madre afligida, no quiere esperar a que vengán, sino se puso en camino, de espaldas, hacia ellos. Para reengendrarlos a los unos, para engendrar a los otros. Porque bien sabe que fuera de ella no hay salvación, y que para "evangelizar a los pobres" fue también enviada; pues es ella Cristo que se prolonga en los tiempos. Y el Concilio Vaticano II, en las voces transidas de angustia de muchos de los Padres y particularmente de Juan XXIII y Paulo VI, da fe de este esfuerzo necesario para que de nuevo sea la Iglesia la casa de los pobres.

Y nosotros, laicos y sacerdotes, también Iglesia, tenemos que dar testimonio con nuestras vidas, especialmente con nuestra caridad y nuestra incondicional entrega a la promoción de las clases desheredadas, que no son la ciencia ni la técnica ni la política o la economía quienes salvan, sino Cristo Jesús.